



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DISCURSO FINAL.

Ha llegado á su término la árdua empresa que tuvimos el atrevimiento de acometer: la Historia de la revolucion hispano-americana ha sido desenvuelta en todos sus aspectos i lugares, menos en la capitania general de Guatemala, en la que no hemos hallado sucesos importantes que merezcan fijar la pública atencion hasta el 1827, en que se asomó la guerra civil á devorar este pais que habia podido salvarse de la conflagracion general. Desde dicha época vemos copiados los mismos desórdenes que ya nuestra pluma está cansada de describir. Aunque en el curso de nuestra historia están estensamente enumeradas las causas del origen de esta aciaga revolueion, de sus progresos, i de su desenlace fatal para las armas del Rei, es este punto sin embargo de tanta importancia que nos ha parecido conveniente presentar por conclusion un cuadro analítico de ellas.

La imprevision de la mayor parte de los gefes que mandaban en América cuando estalló la guerra de Napoleon contra la España en 1808, i su falta de energía para sofocar las conmociones populares; la formacion de juntas á imitacion de las de la península; la exaltacion de los europeos por tener parte en el gobierno bajo el aparente i funesto pretesto de desconfiar de la fidelidad de algunos de dichos gefes; la intempestiva alocucion de la regencia de Cádiz en 1810; el desconocimiento de la legítima autoridad en varios puntos; la libertad trasladada á las playas de América en 1812 con la ominosa constitucion de las córtes de Cádiz; la arrogancia de las tropas expedicionarias, i el impolítico desprecio con que fueron mirados al principio los pue-

blos i los cuerpos americanos; la conducta violenta de algunos de los encargados de los mandos; las discordias tan comunes entre estos mismos, i sus repetidos ejemplos de insubordinacion; las ideas liberales propagadas por desgracia con tanta rapidez en 1820 en las filas españolas, que una parte de la oficialidad contaminada por ellas llegó á considerar como una incoherencia de principios el combatir la independencia i libertad del Nuevo-Mundo; el descuido, la torpeza, i finalmente el aburrimiento de muchos militares españoles por una lucha tan terca i espinosa, i su deseo de regresar á sus hogares: estas i otras causas emanadas de los mismos principios fueron los agentes de la momentánea emancipacion de hecho de los americanos, independientemente de los eficaces auxilios prestados sin cálculo ni acierto por algunos gobiernos extranjeros.

Doloroso nos es recordar defectos de nuestros compatriotas; i mas doloroso todavía el manifestar que la América no debió perderse, segun hemos dicho varias veces, si en todos los depositarios del poder hubiera habido el tino i la circunspeccion convenientes, en los subordinados la debida obediencia i sumision, i en todos la necesaria política. A pesar de estas tristes verdades que no podemos ocultar sin hacer traicion á la obligacion sagrada que contrae todo historiador, resplandecen infinitos rasgos de lealtad, valor, inteligencia, constancia i sufrimiento que han perpetuado el esplendor que en todos tiempos han tenido las armas españolas. La guerra de América ha sido de las mas activas, porfiadas i sangrientas: aunque sus causas i efectos han variado mui poco en los diversos estados en que está dividido este inmenso pais, el modo de desempeñarla ha sido tan diferente como el carácter de sus habitantes.

Hemos visto en Méjico luchar constantemente enormes masas rebeldes sin orden ni concierto, supliendo con la terquedad la ignorancia militar, i con la abundancia de su poblacion las grandes bajas que experimentaban por falta de cualidades guerreras, i por torpeza de sus caudillos, sin que

por tantos i tan repetidos contrastes dejasen de inflamarse poblaciones enteras á la voz de génius astutos i viciosos , ni de correr gustosas al sacrificio seducidas por las erróneas doctrinas de personas que por su ministerio debian merecer i merecian la confianza pública.

Hemos visto en las provincias de Venezuela una guerra feroz manejada por ambos partidos con encarnizamiento i obstinacion , siendo generalmente el resultado de sus batallas el quedar el campo por los muertos : hemos visto por un gran periodo de tiempo presidir á todas sus operaciones militares un génio sediento de sangre que no ha respetado la de padres , hijos, hermanos i deudos los mas allegados, i que no ha quedado satisfecho hasta haber derramado la de mas de 500 hombres con todos los atributos del furor.

Hemos visto en el reino de Santa Fé mayor repugnancia para entregarse á los horrores i devastacion ; pero momentos de obstinacion i despecho en los que los *lanudos* han hecho algunos paréntesis á la suavidad de sus costumbres.

Hemos visto en Quito un espíritu intrigante mas bien que guerrero , i una inflexible tenacidad para el buen resultado de sus planes revolucionarios , de la que no eran creidos capaces los alegres , blandos i amables habitantes de aquel reino.

Hemos visto en el Perú una guerra de diez i siete años acompañada de la efusion de mucha sangre , pero conducida siempre con orden é inteligencia , escepto pocos casos , i habiendo sido en toda esta serie de años las batallas campales las reguladoras de la opinion.

Hemos visto presidir igualmente en Chile bastante moderacion al espíritu revolucionario , observarse el derecho de gentes , salvo algunas escepciones i decidir sus cuestiones en batallas tambien campales sostenidas con cordura i pericia.

Hemos visto en Buenos Aires una fanática exaltacion producida por algunas cabezas escéntricas de presuntidos doctores , que habiéndose puesto á la cabeza de la revolucion

han desplegado tanta fiereza en los combates como fogosidad i vehemencia en sus congresos i asociaciones políticas, i que á fuerza de cursar la nueva carrera han adquirido en ella una funesta nombradía, i llegado á organizar brillantes ejércitos para llevar con ellos la peste revolucionaria á los países comarcanos.

Así, pues, á un mismo tiempo se halló toda la América española sobre las armas, peleando la mitad de ella por la independencia, i la otra mitad á favor del Monarca legítimo. A pesar de los defectos indicados, sin los cuales habria sido esterminado varias veces el génio de la insurreccion, estuvo boyante la causa Real hasta 1818, porque si se exceptúa Buenos-Aires, que se perdió en 1810, i la plaza de Montevideo que se rindió en 1814, ondeaba el pabellon español por todas las capitales i fuertes importantes de aquellos vastos dominios.

En dicho año de 1818 se perdió Chile de un modo inesperado, i fue creada á su consecuencia la marina de los rebeldes que en 1819 adquirió el dominio del Pacífico, bloqueó las costas del Perú, i atacó la formidable fortaleza del Callao. En 1819 se perdió el reino de Santa Fé en la batalla de Boyacá, dada por Bolivar que huía despavorido de las victoriosas armas de Morillo.

En 1820 hubo en todos los estados una calma precursora del gran volcan político que estalló al año siguiente, durante el cual se perdieron asombrosamente las provincias de Venezuela en la batalla de Carabobo; se perdió Cartagena por falta de auxilios; i se perdió Méjico por demasiada confianza de los gobernantes, i por deslealtad i ambicion de no pocos europeos, sin cuya activa cooperacion jamás habria triunfado el revolucionario Iturbide.

Se perdió en 1822 el reino de Quito por descuido de los gefes españoles. Se perdió el vireinato de Lima en 1824 por las discordias entre las mismas tropas leales; i se perdieron finalmente las provincias del Alto Perú en 1824 por la imprevision i falta de cálculo de su comandante general.

La América, pues, repetimos, no se ha perdido por la fuerza de la opinion, á favor de la independéncia, tampoco por la mayor inteligencia i denodado espíritu de los combatientes revoltosos, i menos por la superioridad de sus elementos guerreros. *La América se ha perdido contra la voluntad de la misma América*: esta es una atrevida proposicion, sentada por un sugeto mui conocedor de sus páginas revolucionarias, i que copiamos aunque no sea del agrado de nuestros campeones de Ultramar, porque nuestra opinion se aproxima mucho á esta misma creencia.

La América no estaba preparada para una revolucion tan sangrienta. El arrojó de unas docenas de intrigantes i ambiciosos debiera haberse estrellado en su mismo desvarío, en la fidelidad de las masas, i en el sistema de pasiva obediencia que habia sido constantemente su divisa. Las castas, que en nuestros dominios de Ultramar componen la parte mas numerosa de la poblacion, no han conocido mas opinion que la de estar sumisas al gobierno establecido: si alguna vez han sido conmovidas por los revolucionarios se ha debido esta alteracion á las seductoras promesas de resucitar sus antiguos imperios, ó de enriquecerlas con los despojos de los rendidos.

Al principio de esta guerra civil los combatientes por una i otra parte eran naturales del pais; ningun individuo perteneciente al ejército español se pasó á las banderas contrarias hasta que la imprudente conducta de algunos de sus gefes i su falta de política para conservar el prestigio real, retrajo á muchos de la carrera de la fidelidad, si bien posteriormente han llorado amargamente su yerro.

Las teorías de los disidentes eran por otra parte demasiado halagüeñas i aun encantadoras para que muchos incautos dejasen de deslumbrarse con ellas. Libertad, regeneracion política, gobierno supremo dentro del mismo pais sin tener que recurrir á dos ó cuatro mil leguas de distancia para toda clase de gracias i apelaciones, opulencia, prosperidad i gloria: he aquí los estímulos mayores de los revolucionarios para llevar adelante su empresa. Muchos americanos sensatos

entraron de buena fe en estos proyectos, figurándose realmente que iban á ser felices creando sus respectivos gobiernos independientes de la madre patria; mas la triste experiencia de tantos años los ha convencido de lo impracticable que es su ejecucion.

La cuestion se presenta ya en el día bajo otro punto de vista. « La dependencia de España, dicen generalmente los » americanos, es innegablemente molesta i trae todos los in- » convenientes de las largas distancias; pero es infinitamente » peor la horrorosa anarquía en que quedaron sumidos nues- » tros pueblos desde que sonó en ellos la trompa rebelde. Su- » pongamos que lo primero es un mal; pero lo es incompa- » rablemente mayor estar devorados por las facciones i dis- » cordias: i agrava nuestro desconsuelo el íntimo convencí- » miento de que jamás podremos desterrar de entre nosotros » la ambicion, los celos, la rivalidad i el absoluto predomi- » nio del egoismo i de las mas bajas pasiones, corriendo en » pos de las cuales acabaremos de destruirnos. Reconozcamos » pues el legítimo poder que nos ha gobernado por el espacio » de 300 años con blandura i amor, salvo algunos casos aisla- » dos, é inconexos con el sabio sistema adoptado por la Espa- » ña con respecto á sus dominios de Ultramar. »

Esta es seguramente la opinion que prevalece hoy en día aun entre los que con mas fervor abrazaron la causa de la independencia, i que sino la amiten libremente es porque la tienen sofocada los demagogos exaltados, i esos miserables aventureros, que debiéndolo todo á la revolucion no ven mas disyuntiva que sostenerla á todo trance, ó perecer con ella.

Sobran, pues los elementos para restaurar en aquellos ricos paises la paz i la antigua felicidad de que la han privado los pretendidos regeneradores políticos. Toda la habilidad consiste en saberlos poner en accion; no son los horros de Marre los que pueden sanar aquellas llagas, sino el escudo de Minerva. La fuerza armada debe emplearse tan solo en ofrecer puntos de apoyo para que se pronuncie la opinion; debe imponer respeto i no terror; la política i el buen go-

bierno deben ser los agentes mas activos de la restauracion. El acierto en el jefe á quien sea confiada esta grande obra, i las virtudes de sus subalternos i empleados deben formar las principales garantías de su buen resultado, huyendo todos de los terribles escollos en los que se ha estrellado una vez la bizarría i constancia española, i que de intento hemos indicado en el curso de nuestra historia con una viveza de colores tal vez algo recargada para que deje impresiones fuertes i permanentes.

Ya estamos oyendo los argumentos que opondrán los que no ven los negocios de América por el mismo prisma: será al parecer el mas fuerte la reflexion de haber sucumbido nuestros guerreros en un solo combate desgraciado, despues de haber sostenido mil de ellos á cual mas glorioso; deduciendo de ella que si la opinion no se hubiese generalizado á favor de la independencía ¿ cómo era posible que habiéndose rehecho los disidentes de tantas derrotas, no pudieron los realistas resistir al torrente devastador de una sola? Cuestion es esta verdaderamente peliaguda; pero que es preciso desenvolver con alguna claridad, aunque no haya sido presentada en nuestro concepto bajo su verdadero punto de vista por los interesados en ella, sin duda por evitar la parte de censura que podia comprenderles. Aunque respetamos las virtudes i servicios de cada uno de ellos en particular, respetamos mas los intereses públicos, ante los cuales deben enmudecer los privados, i toda otra consideracion i miramiento.

Los disidentes no tenian mas patria que la América: aunque batidos una i mil veces, i obligados sus caudillos á mendigar algun asilo en los países ó islas contiguas i en los bosques é impenetrables desiertos, volvian con nuevo ardor á la pelea aunque no pudiesen contar con ninguna de las probabilidades de la victoria. La emigracion era para ellos mas terrible que la misma muerte: á fuerza de su indomable valor i constancia llegaron á hacerse superiores á sus desgracias i á dominar la misma fortuna.

Los españoles tenían sus familias i sus mas caras relaciones en el continente europeo; sabian que cumpliendo estrictamente con lo que prescriben las leyes de la milicia hallarian un generoso apoyo en el mas bondadoso de los Monarcas, una distinguida consideracion de parte de sus compatriotas, i todos los honores i sueldos correspondientes á sus grados i empleos. He aqui la causa de haber rendido las armas con honor sí, pero sin haber hecho los desesperados esfuerzos de sus contrarios.

No es nuestro ánimo acusar á estos distinguidos gefes de haber faltado á sus deberes, i sí hacer ver que sino hubiera habido una suspirada España para recibirlos en sus desgracias, habrian desplegado un heroismo fiero i forzado, al favor del cual habrian dejado de ser decisivas algunas de sus derrotas. Estas duras pruebas de furor i despecho pertenecen sin embargo á la parte de servicios extraordinarios, que si bien son recomendables cuando se practican, no menoscaban de modo alguno la opinion de quien se rehusa á ellas. Si hemos entrado en estos pormenores es con la idea de demostrar que la obstinacion de los rebeldes fue hija de la necesidad i no de sus virtudes, en las que son mui inferiores á sus maestros los españoles.

Si se examina la conducta de estos últimos en general, se hallarán sublimes rasgos de valor, fidelidad, rectitud, desinterés i sufrimiento; pero los pocos casos que hai de excepcion á esta regla, han sido sumamente funestos á los Reales intereses. Si no podemos menos de manifestar que la América continuaría bajo la dependencia de España sin la revolucion constitucional de la península, i sin los errores i defectos de nuestros mismos compatriotas, nos es sumamente grato recordar sus brillantes hazañas i la gloria que han adquirido con ella, aunque una dura fatalidad haya venido á privarles del fruto de tantos servicios.

Todos los españoles han peleado en América con el mismo ardor i bizarría que en tiempo de los Corteses i Pizarros; tan solo faltó á estos modernos guerreros la heroica resolu-

cion de haber quemado sus naves para haberlo fiado todo á sus propios recursos sin acordarse de su patria primitiva, sino para reverenciar el nombre de su Soberano, i para sacrificarse en su obsequio.

Los que han militado en Méjico han vivido en un perpétuo estado de alarma é inquietud, rodeados con frecuencia por numerosas turbas, que si bien eran demasiado débiles para sostener el empuje de nuestros arreglados batallones, no eran menores los quebrantos que causaban en ellos con esa horrible guerra de partidas, con las que los hostigaban del modo mas cruel i porfiado.

Los que han peleado en la América del Sur han sufrido ademas de las citadas penalidades, las mas duras privaciones, el hambre, la desnudez, i aun mas de una vez la horrible miseria, especialmente en las provincias de Venezuela, en donde llegaron á faltar totalmente los recursos metálicos i á escasear sobre manera los artículos de primera necesidad.

Seria, pues, un acto de injusticia negar á estos esforzados militares los elogios á que se han hecho acreedores por la brillante carrera que han recorrido generalmente en tan larga i terrible lucha. Nos parece que sus ilustres acciones quedan bien consignadas en el curso de nuestra historia, i que no podrá la mas severa censura manchar con injustas generalidades su buena reputacion.

Los cuatro últimos capítulos serian suficientes por sí solos para dar opinion á las armas españolas si se hallasen en el caso de necesitarla. La defensa del Callao i de la isla de Chiloe, la campaña de Arauco por Senosiaín, i la de Costa firme por Arizábalo son cuatro hechos de los mas honrosos i recomendables que dan á la terminacion de nuestra empresa un grado mayor de interés é importancia.

La salida de nuestras últimas tropas de América ha sido sumamente gloriosa, i ha debido convencer aun á los hombres mas frios ó contrarios al plan de restablecer la autoridad real en aquellos paises, de que la opinion es mas favorable á nuestro augusto Monarca de lo que muchos han

tenido tal vez un interesado empeño en manifestar, i de que sería indudable el buen éxito de toda empresa que fuera acompañada de los elementos necesarios, segun hemos tenido el agradable encargo de indicar en varias de nuestras razonadas reflexiones.

Si llega un día venturoso en que sean oídos nuestros ruegos á favor de la España i de la misma América; si nuestros trabajos literarios logran contribuir á la importante resolucion de pacificar los dominios hispano-americanos; si obtenemos por resultado de nuestros officiosos esfuerzos la correccion de los defectos que mas han influido en aquellas desgracias, i la práctica de las virtudes que mas eficaz i prontamente pueden remediarlas hasta el punto de que llegue á borrarse totalmente la memoria de ellas; si finalmente nuestra historia produce los felices efectos que nos ha dictado nuestro amor al mejor de los Soberanos, i nuestro celo por el bien de la España i de la humanidad, quedará plenamente satisfecha nuestra noble ambicion, i superabundantemente recompensadas nuestras pesadas tareas i no interrumpidos desvelos.

